

De la fragmentación geopolítica a la solidaridad cristina

Dr. Alirio Raigoza

Director del Centro de Pensamiento Rafael García Herreros

El mundo se encuentra inmerso en una crisis de seguridad global sin precedentes. El conflicto entre Estados Unidos e Irán ha transitado de la tensión diplomática y las sanciones económicas a la confrontación militar abierta, marcada por los ataques aéreos estadounidenses de junio de 2025 contra instalaciones nucleares iraníes (Fordow, Natanz y Esfahan). Este escenario revela no solo una ruptura del orden internacional, sino una fractura ética profunda. Pareciera que los humanos somos enemigos de la paz o, por lo menos, no sabemos cómo construirla y mantenerla. Para refrescar la memoria, repasemos una lista de los recientes conflictos bélicos que han dejado enormes desgastes en vidas humanas, complejos problemas geopolíticos e innumerable pérdidas culturales:

Guerra Israel-Gaza (2023 – presente)

Desencadenada tras los ataques de Hamás en octubre de 2023 y la posterior incursión e intervención militar masiva de Israel en la Franja de Gaza. Ha provocado una crisis humanitaria de proporciones catastróficas, decenas de miles de víctimas mortales y un alto riesgo de desestabilización en todo Medio Oriente.

Invasión rusa a Ucrania (2022 – presente)

Representa la mayor confrontación bélica en territorio europeo desde la Segunda Guerra Mundial. Con antecedentes en el conflicto del Donbás iniciado en 2014, el escalamiento masivo en 2022 ha dejado cientos de miles de bajas militares y civiles, millones de refugiados y un impacto geopolítico y económico global.

Guerra de Tigray, Etiopía (2020 – 2022)

Un enfrentamiento devastador en el Cuerno de África entre el gobierno federal etíope (junto a fuerzas eritreas) y el Frente de Liberación Popular de Tigray (FLPT). Se calcula que ha causado entre 100.000 y 600.000 muertos, en gran parte debido a severas hambrunas y crisis sanitarias provocadas por la contienda.

Guerra civil en Yemen (2014 – presente)

Surgida tras la captura de la capital (Sanaá) por los rebeldes hutíes y la posterior intervención de una coalición multinacional liderada por Arabia Saudita. La ONU la ha catalogado repetidamente como una de las peores emergencias humanitarias contemporáneas por los brotes de hambruna y epidemias.

Guerra civil Siria (2011 – presente)

Iniciada durante las protestas de la Primavera Árabe, evolucionó hacia una compleja guerra multidimensional e internacionalizada. Ha cobrado la vida de más de medio millón de personas y provocado el desplazamiento o refugio de más de la mitad de la población total del país.

Guerra de Irak (2003 – 2011)

Comenzó con la invasión liderada por Estados Unidos para derrocar al régimen de Saddam Husein. La posterior ocupación desembocó en una violenta insurgencia y guerra sectaria que desestabilizó profundamente la región y dejó cientos de miles de víctimas mortales.

Guerra de Afganistán (2001 – 2021)

Iniciada por una coalición internacional encabezada por EE. UU. tras los atentados del 11 de septiembre. Tras dos décadas de confrontación, desgaste y altos costes humanos y financieros, concluyó con el retorno del movimiento talibán al poder.

Segunda Guerra del Congo (1998 – 2003)

Se trata de una guerra no sólo del Congo, sino de alcance Continental. Involucró a nueve países del continente y diversos grupos armados en la República Democrática del Congo. Es considerada el conflicto armado más mortífero desde la Segunda Guerra Mundial, con más de 3,8 millones de muertes directas e indirectas.

Guerras de Yugoslavia / Balcanes (1991 – 2001)

Una serie de conflictos bélicos marcados por la desintegración de Yugoslavia, disputas étnico-religiosas y limpiezas étnicas (como la masacre de Srebrenica). Reconfiguraron el mapa del sudeste europeo e impulsaron la intervención de la OTAN.

Guerra del Golfo (1990 – 1991)

Iniciada con la invasión iraquí de Kuwait por parte de Sadam Husein y la respuesta bélica de una coalición internacional autorizada por las Naciones Unidas. Sus consecuencias geopolíticas sentaron las bases de las intervenciones e inestabilidad posteriores en Medio Oriente.

Conflicto armado en Colombia (1950...presente)

No podemos olvidar la dolorosa realidad del conflicto armado en Colombia, que a lo largo de seis décadas ha dejado un saldo desgarrador superior a los 260.000 muertos y más de 100.000 personas desaparecidas,

no podemos guardar silencio ni caer en la resignación. Hoy, cuando la implementación de los acuerdos y la búsqueda de la paz se ven amenazadas por el recrudecimiento de la violencia.

Ante este panorama, la Iglesia Católica, fiel a su misión profética, no puede permanecer como mera espectadora. Basándonos en la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (GS) y en el Magisterio reciente sobre la paz, se aborda la inacabable tarea de construir la paz y, también, la responsabilidad moral de la comunidad cristiana frente a la guerra, proponiendo una praxis evangelizadora fundada en la justicia y la reconciliación.

¿Debe o no la Iglesia ocuparse de la paz?

La respuesta desde el horizonte del Evangelio es afirmativa y constitutiva. La paz no es un tema opcional para la Iglesia, sino parte esencial de su identidad misionera. Como señaló el Papa Paulo VI, en su discurso ante los representantes de los Estados de las NACIONES UNIDAS, el 4 de octubre de 1965, la Iglesia es experta en humanidad y, por tanto, experta en las condiciones que permiten o destruyen la dignidad humana.

En el contexto del conflicto EE. UU.-Irán, donde la llamada “máxima presión” económica y los ataques militares han generado inestabilidad regional y sufrimiento global, la Iglesia debe ocuparse de la paz porque ignorar la guerra sería ignorar el clamor de los pobres, quienes son siempre las primeras víctimas de la escalada bélica y el colapso económico derivado de la inflación energética y las sanciones, que se han puesto de moda en la administración Trump.

La Iglesia no hace política partidista, pero hace “política de la caridad” y de la justicia, denunciando todo lo que amenaza la vida humana, y, desde esta lógica recuerda que la política es la forma más alta de la caridad.

¿Deben el Papa y la Iglesia entera quedarse callados ante la guerra?

El silencio del Papa y de la Iglesia ante la guerra sería una traición al Evangelio. El Sucesor de Pedro tiene el deber moral de ser la “voz de los sin voz”. Además, no puede ir en contra del espíritu de su Carta Magna, las Bienaventuranzas: “Dichosos los que trabajan por la paz, porque Dios los llamará hijos suyos” (Mt 5,9).

Desde lo afirmado anteriormente, entendemos que en un mundo en el que la retórica belicista y la “arrogancia del poder” normalizan la violencia, el Papa debe ejercer su ministerio petrino para:

1. Clarificar que la guerra no es una solución técnica, sino un fracaso humano.
2. Invitar a las potencias (EE. UU., Irán, y sus aliados como China, Rusia, Arabia Saudita) a reconocer que la seguridad basada en el miedo y la destrucción mutua asegurada es ilusoria. Ese tipo de paz es engañosa.
3. Ofrecer mediación moral, pues, aunque la Iglesia no tenga poder militar, su autoridad moral puede facilitar espacios de diálogo y proceso de entendimiento, elevando el diálogo desde el interés pragmático hacia la amistad sociopolítica.

No es la primera vez que la Iglesia presta este servicio de mediación moral para resolver o ayudar a resolver conflictos (pensemos en el servicio que la Iglesia ha prestado en medio del conflicto armado en Colombia).

¿No es, acaso, la paz el primer don del Resucitado?

"La paz con ustedes..." (Jn 20, 19.21)

"Mi paz les dejo, mi paz les doy. No doy la paz como la da el mundo. No se angustien ni tengan miedo." (Jn 14, 27).

Estas citas del evangelio de Juan son una clave hermenéutica para juzgar el conflicto actual. La “paz del mundo” suele ser entendida como equilibrio de terror o ausencia temporal de combate mediante la supremacía militar. Es lo que estamos viendo y viviendo.

En el conflicto armado al que estamos aludiendo vemos cómo los países enfrentados buscan consolidar su estatus mediante capacidades estratégicas y disuasión convencional (drones, misiles balísticos, entre otros). Esta es la paz frágil y armada que ofrece el mundo. Pero ¿Es esto la verdadera paz? o ¿Es esta la paz a la que aspiramos?

La paz del Resucitado, en cambio, es *Shalom*: plenitud, justicia, reconciliación y restauración de las relaciones rotas, para que nazca, se desarrolle y se fortalezca la fraternidad, la amistad social y la solidaridad.

La paz del resucitado es una paz que nace de la verdad y la justicia, no de la imposición. Mientras las potencias exhiben sus misiles como garantía de seguridad, Cristo ofrece la conversión del corazón y la atención al otro. Ahí está uno de los problemas, la incapacidad, a nivel internacional y mundial, de reconocer al otro como “auténtico otro”. La Iglesia recuerda que ninguna victoria militar puede otorgar la paz interior ni la estabilidad duradera que solo proviene del reconocimiento del otro como hermano.

Lo que hay detrás del conflicto EE. UU. - Irán: una historia de intereses, rupturas y odios

Raíces del Conflicto

La tensión entre Estados Unidos e Irán no es producto de un evento aislado, sino un tejido complejo de factores históricos, ideológicos y de seguridad nacional acumulados por más de cuatro décadas.

El núcleo de la disputa reside en la incompatibilidad entre la visión estadounidense de prevenir la proliferación de armas de destrucción masiva y la estrategia iraní de consolidarse como potencia regional soberana.

Históricamente, la desconfianza mutua se cimentó tras el secuestro de la embajada de EE. UU. en Teherán en 1979. Desde entonces, Irán ha rechazado lo que considera una interferencia imperialista, mientras que Washington ve en la política exterior iraní un intento de desestabilizar una zona estratégica vital para sus intereses mediante el apoyo a grupos militantes.

El quiebre del acuerdo nuclear

El punto de inflexión más crítico ocurrió en mayo de 2018, cuando la administración Trump retiró unilateralmente a Estados Unidos del Acuerdo Integral Conjunto sobre el Programa Nuclear Iraní. Los argumentos estadounidenses para esta salida fueron: (1) Las restricciones al enriquecimiento de uranio tenían fecha de vencimiento; (2) El acuerdo no limitaba el desarrollo de misiles balísticos; (3) No se abordaba el apoyo de Teherán a grupos como Hezbolá y otros grupos terroristas. Esta decisión de retirada por parte de EE.UU., destruyó el consenso multilateral y empujó a Irán a profundizar sus lazos estratégicos con China y Rusia.

La Política de “máxima presión” y sus consecuencias

Tras la salida del acuerdo, Washington implementó una política de presión, imponiendo sanciones económicas devastadoras que buscaron reducir a cero las exportaciones de petróleo iraní. Esto provocó tres cosas: (1) un colapso económico, pues la moneda iraní perdió más del 60% de su valor, disparando la inflación y el descontento social; (2) el aislamiento financiero de Irán, puesto que el poder del dólar forzó a gigantes corporativos globales a abandonar el mercado iraní; (3) la reactivación nuclear dentro del programa Iraní dado que, sin los límites del tratado, Irán pudo reiniciar el enriquecimiento de uranio a niveles interpretados como una amenaza directa por EE. UU.

Escalada militar y realidad bélica tangible

El conflicto transitó de la diplomacia a la confrontación física directa, destacando hitos como el asesinato del general Qasem Soleimani en 2020 y ataques aéreos estadounidenses contra instalaciones nucleares iraníes en Fordow, Natanz y Esfahan.

Irán ha respondido militarmente con un robusto arsenal de misiles balísticos y drones (apoyado por tecnología china), transformando la disuasión convencional en una herramienta de poder real y efectiva que puede ejecutar ataques sorpresa fuera del radar tradicional.

Transformación geopolítica en Oriente Medio

La persistencia del conflicto ha socavado el orden regional dominado históricamente por la hegemonía estadounidense. La reconciliación entre Irán y Arabia Saudita, mediada por China, redefine las alianzas y otorga a Beijing un peso diplomático sin precedentes. En contraste, la influencia de Europa se ve fragmentada y limitada por la fuerza coercitiva de las sanciones de EE. UU.

En resumen, las causas del conflicto son multifactoriales y profundamente arraigadas. Incluyen:

- 1) **La Cuestión Nuclear:** la principal causa de tensión es la preocupación occidental por los posibles fines militares del programa nuclear iraní y la afirmación iraní de su derecho a un programa exclusivamente pacífico.
- 2) **La Desconfianza Histórica:** un pasado de intervención extranjera percibida, ruptura de relaciones diplomáticas y apoyo a facciones rivales ha creado un fondo de desconfianza mutua difícil de superar y de negociar.
- 3) **La política de máxima presión:** La retirada de EE.UU. del Acuerdo Integral Conjunto sobre el Programa Nuclear Iraní en 2018 actuó como un catalizador, rompiendo el consenso internacional y reactivando la confrontación directa a través de sanciones severas.

4) **La escalada Militar:** La respuesta iraní de incumplir el acuerdo y la posterior acción militar preventiva de EE.UU. han convertido el conflicto en una realidad bélica tangible, alterando drásticamente el panorama de seguridad en Oriente Medio.

Lo que es claro es que el conflicto entre Estados Unidos e Irán está actuando como un motor de transformación geopolítica en Oriente Medio, socavando el orden regional tradicionalmente dominado por la hegemonía estadounidense y dando paso a una nueva configuración de alianzas y rivalidades. Este cambio no se manifiesta como una simple reordenación, sino como una reconfiguración fundamental del eje de poder en la región, donde actores históricos se reorientan y nuevos actores emergen con roles centrales.

El conflicto EE.UU - Irán ha dejado de ser una disputa meramente técnica sobre uranio para convertirse en una pieza clave de una nueva Guerra Fría global, donde la economía es utilizada como arma y la seguridad regional se encuentra en un estado de hostilidad sin precedentes.

Aunque la narrativa oficial gira en torno a la proliferación nuclear y la seguridad nacional, existen otras capas del conflicto como:

- **Intereses económicos:** el control del Estrecho de Ormuz y los precios del petróleo afectan la economía global. La guerra se convierte en un instrumento de presión económica donde el dólar es ley global coercitiva.
- **Rupturas históricas:** la desconfianza arraigada desde 1979 (toma de la embajada, revolución islámica) y exacerbada por la retirada unilateral de EE. UU. del Acuerdo Integral Conjunto sobre el Programa Nuclear Iraní en 2018. Esta ruptura de la palabra dada (el acuerdo) destruyó la confianza internacional, demostrando que la realpolitik prevalece sobre el derecho internacional.
- **Odios ideológicos:** el antiamericanismo iraní (por una parte) y la visión estadounidense de Irán como estado paria (por otra) alimentan un ciclo

de tensión. Detrás de los discursos de defensa de la democracia y soberanía nacional, operan resentimientos históricos y la lucha por la hegemonía regional y los intereses económicos e – incluso – religiosos, donde actores como Arabia Saudita e Israel buscan contener la expansión chiita.

¿ En la guerra todos perdemos?

El conflicto parece localizado geográficamente, pero sus ondas expansivas son globales y devastadoras. Veamos algunos de sus efectos:

- **Efectos de carácter económico:** la amenaza al cierre del Estrecho de Ormuz dispara los precios del petróleo, generando inflación de costos para todos. Esto erosiona el poder adquisitivo de las familias, especialmente en países en desarrollo, aumentando la pobreza extrema.
- **Efectos en la seguridad alimentaria y energética:** la interrupción de flujos comerciales afecta cadenas de suministro vitales, en diferentes direcciones del planeta.
- **Efectos sobre el Derecho Internacional:** la normalización de ataques preventivos (como los de junio 2025) debilita la ONU y el multilateralismo, creando un precedente peligroso donde la fuerza bruta sustituye a la ley.
- **Efecto sobre el clima ético y moral en las relaciones internacionales:** la humanidad se empobrece ética y espiritualmente al aceptar la barbarie como herramienta de resolución de conflictos.

¿Quién asume el costo de vidas provocados por las guerras?

Desde el punto de vista del Pensamiento Social Cristiano, siempre son los más pobres y vulnerables los que terminan cargando el peso de las guerras:

- **En Irán:** la población civil sufre las consecuencias de los bombardeos, la represión interna justificada por la “seguridad nacional” y el colapso económico

(inflación, devaluación monetaria, escasez, desempleo etc.) agravado por las sanciones.

- **Globalmente:** los migrantes forzados por la inestabilidad, los trabajadores que pierden sus empleos debido a la crisis económica inducida por la guerra, y las futuras generaciones que heredan un mundo más inseguro y dividido. Los líderes políticos y militares que deciden la guerra rara vez sufren sus consecuencias directas. Esta asimetría es una injusticia estructural grave.

No se debe resolver una atrocidad con otra peor

Algunos de los análisis hechos sobre el conflicto hablan de la “arrogancia del poder presentada como mesianismo”. En este contexto habría que entender la reciente imagen de Trump en la que aparece como el mesías. Tanto EE. UU. (con su discurso hegemónico y política de máxima presión) como Irán (con su “revolucionarismo” exportado) caen en la tentación de creer que tienen la misión histórica de imponer su visión. Sin embargo, usar la guerra para corregir injusticias (reales, percibidas o fabricadas) solo multiplica el mal. La violencia siempre termina negando la dignidad del otro.

Además, cuando el tono político se vuelve beligerante, se pierde la capacidad de escuchar y negociar...y la diplomacia cede paso a la lógica del *ultimátum*. La Iglesia, desde su dimensión profética, debe denunciar esta soberbia, recordando que el verdadero poder es el servicio, no la dominación. Resolver la represión interna en Irak (o en cualquier otro país) o la interferencia externa con bombas es añadir fuego al fuego, consumiendo a toda la región.

Entonces ¿Es cierta la frase “La guerra es la continuación de la política por otros medios”?

Esta famosa atribución a Carl von Clausewitz, teórico militar prusiano es teológicamente hablando una justificación inaceptable por varias razones:

- La guerra no es política; es el fracaso de la política. La política tiene como fin el bien común y la convivencia armoniosa; la guerra tiene como fin la destrucción o sumisión del enemigo.
- Ver la guerra como una herramienta política más termina reduciendo al ser humano a un objeto táctico. Ignora el drama moral, el sufrimiento irreparable y la ruptura ontológica que supone matar.
- En el conflicto EE. UU.-Irán (y en muchos otros), la guerra ha demostrado ser ineficaz para lograr estabilidad. Ha fragmentado alianzas, fortalecido ejes rivales (China-Rusia-Irán) y generado más inseguridad y fractura social. Por tanto, no es realmente una forma de hacer política, sino la evidencia de la impotencia política para gestionar la diversidad y el conflicto mediante el diálogo.

Ahora bien, la paz es indivisible. No puede haber paz mundial si no se construye paz local, y viceversa. A nivel macro se requiere desescalar la acción armada, respeto al derecho internacional y mecanismos de verificación multilaterales reales.

Pero la cultura de paz se construye también desde abajo, desde lo local, desde la cotidianidad: en las familias, escuelas y parroquias, educando en el perdón, el diálogo y el rechazo a la violencia verbal y física.

La retórica de odio, que alimenta no sólo el conflicto internacional, sino muchos de los conflictos locales, se nutre de prejuicios. Si educamos a nuestros niños y jóvenes en el respeto al otro diferente (religiosa, cultural o políticamente), estamos desactivando los combustibles de las guerras futuras. ¿No tiene esto actualidad también en nuestro país? La paz comienza en el corazón de cada persona.

El aporte de la Pastoral Social de la Iglesia (PSI) en la construcción de una cultura de paz

Debemos insistir en que la Doctrina Social de la Iglesia no es asistencia social, sino educación de la manera de pensar, de ver la realidad, de relacionarnos, de convivir. Es una perspectiva que apunta a la transformación

cultural y estructural. Su aporte incluye:

- Formar conciencias críticas que discernan entre la propaganda bélica y la verdad.
- Señalar las causas estructurales de la violencia (desigualdad, exclusión, corrupción) que hacen a las sociedades vulnerables a la manipulación bélica.
- Facilitar encuentros entre comunidades divididas, promoviendo la reconciliación desde la base.
- Proteger a las víctimas de la guerra, refugiados y minorías perseguidas, recordando que cada vida es sagrada.
- Trabajar por una economía justa que no dependa de la industria de guerra ni de la explotación de recursos que generan conflictos.

La gran intuición de *Gaudium et Spes* 1

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.” (*Gaudium et Spes*. 1)

Este principio nos impide la indiferencia. No podemos celebrar la supuesta victoria estratégica de un bando mientras lloramos a las víctimas del otro. La Iglesia siente en su carne el dolor de la madre iraní que pierde a su hijo, y la angustia del ciudadano estadounidense que teme un ataque

terrorista o la crisis económica. Por tanto, la Iglesia debe estar presente en las periferias existenciales y geográficas del conflicto. Debe situarse en “la trinchera de la misericordia”. Al asumir las angustias de nuestro tiempo, la Iglesia reconoce el sufrimiento humano y ofrece la esperanza de que otra historia es posible, una historia escrita con la tinta del diálogo y no de la sangre.

Los problemas y preguntas que surge e interpelan la praxis evangelizadora

El análisis del conflicto entre Estados Unidos e Irán no puede agotarse en la fría métrica de la geopolítica o el balance del poder militar, pues sus ondas de choque interpelan las fibras más profundas de la existencia humana y la misión de la Iglesia.

Desde una perspectiva teológica, la guerra y la hostilidad sistemática ponen en entredicho la dignidad del “otro” como imagen de Dios, mientras que, antropológica y filosóficamente, nos enfrentan a la tensión entre la justicia necesaria y la fragilidad de una paz que parece siempre postergada.

Para la praxis evangelizadora, las realidades de la guerra no son meros datos externos, sino un llamado urgente a encarnar la caridad política y el diálogo como herramientas de salvación.

Las declaraciones del Papa Francisco, enmarcadas en una teología de la fraternidad universal, actúan aquí como una brújula ética que exige pasar de una lógica de dominación y destrucción del “otro” a una mística del encuentro. Veamos algunos puntos clave:

- ¿Qué significa ser humano en un mundo donde la tecnología (drones, IA militar) permite matar a distancia sin riesgo propio? Se pierde la empatía y la responsabilidad moral directa. La deshumanización del enemigo es el primer paso para su exterminio.

- ¿En qué ha quedado la verdad ante la posverdad en la guerra informativa, relativismo ético y la pérdida del sentido de la justicia como virtud cardinal?

- ¿Cómo iluminar desde la fe el enorme enigma asociado al problema del mal y del sufrimiento humano? En la guerra, estas dos realidades (mal y sufrimiento) llegan a magnitudes indescriptibles.

- Y ¿Cómo situarnos ante los avances tecnológicos cuando estos son aplicados a alimentar las guerras? ¿Hasta qué punto la mediación de la alta tecnología en la guerra diluye la responsabilidad moral del agente humano y transforma al “otro enemigo” en un simple dato algorítmico? ¿Representa la delegación de la violencia en sistemas autónomos una “atrofia funcional” de la conciencia humana o es la culminación de nuestra naturaleza técnica?

Interpelación a la praxis evangelizadora

Evangelizar es testimoniar que el Reino de Dios es un reino de paz. Los cristianos debemos ser los primeros en tender puentes, en abrirnos al diálogo, en favorecer el encuentro, en buscar salidas a los conflictos que respeten la dignidad humana. La Iglesia está llamada y enviada a enseñar que la resistencia al mal puede y debe ser creativa y no violenta, siguiendo el ejemplo de Cristo. En un conflicto con fuertes componentes sectarios (suní-chiíta) y civilizatorios (Occidente-Oriente), la Iglesia debe promover el encuentro respetuoso, desmontando estereotipos.

Los cristianos debemos participar en la vida pública promoviendo políticas basadas en la cooperación, el desarrollo integral y el desarme, cuestionando el complejo militar-industrial y llamando a la inversión social, que es la que en últimas favorece y responde a las necesidades de los pobres.

Conclusión

El conflicto entre EE. UU. e Irán en 2026 es un síntoma de una enfermedad moral global: la creencia de que la seguridad se construye sobre las ruinas del adversario. La Iglesia, fiel a *Gaudium et Spes*, rechaza esta lógica mortal. La paz no es la ausencia de guerra, sino la presencia de justicia y una de las bases del desarrollo.

El Papa (y la Iglesia toda) no puede callar, porque el Evangelio es grito de libertad. La paz de Cristo, distinta a la del mundo, nos desafía a romper los ciclos de odio y venganza. Nos corresponde a todos trabajar incansablemente para que la política vuelva a ser el arte de lo posible mediante el diálogo, y no el arte de lo imposible mediante la destrucción. Solo así, asumiendo las tristezas y angustias de nuestros hermanos...Sólo así seremos verdaderos discípulos del Príncipe de la Paz.